

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LAS REFORMAS DE GUERRA



—Puesto que se han suprimido los organillos, de alguna manera se había de alegrar el vecindario...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fábula, por José Estremera.—Cablegramas, por José Jackson Veyan.—Al lector, por Sinesio Delgado.—Ofrecimientos, por Juan Pérez Zúñiga.—Monumentos, por Eduardo de Palacio.—Bibliografía, por Ricardo J. Catarinen.—Episodios militares, por Ricardo Monasterio.—Paréntesis, por Antonio Montalbán.—Un chiste, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Las reformas de guerra.—El servicio.—Anuncios, por Cilla.



Aquí nos hemos pasado la vida hablando de Capdepón, de Fabié, de Angulo y de Jove y Hevia; pero de pronto surge la cuestión de Melilla, y nadie vuelve á acordarse de los enunciados políticos.

Ahora hablamos á todas horas del fusil Maüser, que reúne condiciones maravillosas.

—Mire usted—dice uno,—con media docena de fusiles de esos se pueden matar de ochenta á ochenta y cinco moros todas las tardes.

—Diga usted ¿y son muy largos?

—¿Los moros?

—No, los fusiles.

—Pues vienen á tener dos metros y medio de longitud por un metro trece centímetros de ancho.

—¡Demonio!

—Sí, señor, el Maüser es el non plus ultra de las armas de fuego. La bala, á primera vista, parece que no sirve para maldita la cosa, pero produce efectos asombrosos. Sale del cañón despacito, y usted la ve venir y dice: «Vaya, ésta es una mosca.» Sí, sí; ¡buena mosca nos dé Dios! Al llegar cerca del cutis, revienta ella sola y destruye todos los tejidos.

—¿Y son de mucho alcance los fusiles?

—¡Anda, anda! De muchísimo. Hace usted un disparo en la Puerta del Sol sin puntería fija, y el tiro va á parar al puente de Vallecas, verbigracia, de modo que está usted merendando y de pronto se encuentra usted muerto, sin saber por qué.

—¡Qué cosas se inventan!

—Hoy se ha adelantado mucho en el ramo de armas de fuego. Hay unos cañones de níquel sobredorado que arrojan las balas á doce mil metros cuesta arriba. Llegan adonde está el enemigo y se quedan paradas; pero en cuanto se las hurga, ¡paf! comienzan á hacer destrozos y á sembrar el campo de cadáveres.

La gente que sigue con interés los adelantos de la balística tiene ahora ocasión de lucir sus conocimientos. Muchos, sin saber lo que es balística ni táctica, ni arte de la guerra, sacan un lápiz y comienzan á hacer planos sobre la mesa del café, diciendo con aire de superioridad:

—Esto es Melilla—y dibujan un redondelito.—Aquí está el Gurugú—y plantan otro.—Aquí Cabrerizas Bajas. Éste es el fuerte de Camellos... De manera que los moros están aquí y nosotros les atacamos por el flanco derecho. Entonces ellos se corren hacia la izquierda y los cañoneamos desde Cabrerizas Altas.

—¿Pero usted es militar?

—No, señor, yo no soy más que vista de aduanas excedente, pero tengo un tío que estuvo para ir á la pasada guerra de Marruecos, y nos ha explicado muchas veces lo que son las batallas y el sistema de pelear que usan los moros.

—¿Y qué sistema es ése?

—Pues verá usted: por lo general atacan en grupos de á quince, y en cuanto llegan cerca del enemigo, se ponen en cucullas y hacen los disparos con el dedo gordo del pie derecho. Otras veces se presentan andando á gatas, y otras montados en personas de su familia para dominar mejor el terreno.

Con motivo de los sucesos de Melilla se oyen cosas estupendas en teatros y cafés.

—Pero ¿qué hace Margallo?—dice uno.

—¿Qué quiere usted que haga? Cumplir las órdenes del gobierno.

—Perfectamente, pero ¿por qué deja entrar á los moros en la plaza?

—¡Hombrel! Hay que tener educación. Los pobres necesitan té y azúcar y pastas variadas, y no es cosa de quitarles ese gusto.

—Sí, pero ellos continúan haciendo trincheras y hostilizando á nuestros soldados.

—Por lo mismo que ellos se portan mal, debemos nosotros tratarles con finura, para que se les caiga la cara de vergüenza. ¿Qué hubiéramos conseguido con destruirles las trincheras á cañonazos? Pues que hoy nos llamarían crueles y mal educados. Nada, nada, ante todo la buena educación. Si estuviera yo en el caso de Margallo, no sólo recibiría á los moros con cariño y deferencia, sino que les daría serenata y organizaría en su obsequio una corrida de toros con caballeros en plaza.

—Sí y un cotillón.

—Tampoco estaría de más. Ustedes no saben lo que es la diplomacia y el común afecto que debe unir á las naciones, por bárbaras que sean.

—Usted sí que es un bárbaro...

—Oiga usted, caballero, eso me lo dice usted á mí en la calle.

—Vamos, señores, tranquilícense ustedes.

—¿Bárbaro yo?

—Haya paz.

—¡Esto no puede quedar así!

—¡Orden!

Pero como hoy domina la nota bélica, los contendientes se exaltan cada vez más y quieren dirimir la contienda en el terreno del honor. Cuatro amigos se encargan de «arreglar» el asunto y lo arreglan tan bien que los dos caballeros acaban por andar á sablazos en las afueras de Madrid. Uno saca un chirlo en una oreja y otro una erosión de segundo grado en el juanete derecho.

Aquella noche dicen los periódicos:

«Jugando con un sable en una quinta inmediata á esta corte han tenido la desgracia de herirse recíprocamente dos personas muy conocidas en el café de las Columnas.»

Y más abajo:

«Esta tarde, y acompañados por cuatro amigos, dieron un paseo por las cercanías de esta corte D. Hipólito Canutillo y D. Claudio Medialmendra.»

Y todavía más abajo:

«Las heridas de los Sres. Canutillo y Medialmendra no tienen gravedad, á menos que se presentase alguna complicación inesperada.»

En fin, lo de Melilla nos trae de cabeza á todos los que sentimos latir en nuestro pecho un corazón patriota.

Pero el gobierno camina con pies de plomo y nos impacienta, pues hoy salen siete soldados, un cabo y una cesta de repollos, mañana un cañón y cuatro libras de garbanzos, y al día siguiente un horno de campaña, dos artilleros, siete balas y un general.

Cuanto mayor es nuestro deseo de verter sangre agarena, mayor es la parsimonia del ministro. Los moritos se fortifican con el mayor desahogo y nosotros nos dedicamos á nombrar comisiones técnicas para que emitan informe; de suerte que, al paso que vamos, lo menos hasta Julio no comenzaremos á lavar nuestro honor.

Y en el ínterin... ¡la ira nos ahoga!

LUIS TABOADA.

FÁBULA

Dos formidables perros tenía el pastor Lucas, constantes guardadores de la gente ovejuna. León llamaba al uno, perro de malas pulgas, que alguna vez gruñía, mas no ladraba nunca. Tenía de su cargo idea exacta y justa, y era su vigilancia, aunque prudente, mucha. Sí olfateaba un lobo

iba hacia su espelunca,

y quieto le esperaba con precaución y astucia, y le clavaba, en viéndole, los dientes en la nuca, logrando la victoria sin gritos y sin bullas. El otro no juzgaba que era táctica absurda la de León, aun siendo distinta de la suya, que era estar siempre en vela subido en una altura y pasarse las noches ladrando con gran furia.

Después de dudar mucho,
el avisado Lucas
dió al ladrador al cabo
la licencia absoluta,

pues con el otro estaba
su hacienda más segura,
que es mejor matar lobos
que ladrar á la luna.

JOSÉ ESTREMERÁ.

CABLEGRAMAS

«Melilla.—Notas perdidas
que recogen al azar
sobre el campo.—Recibidas
por cable particular.»

«Cuando el suceso ocurrió
la chusma mora cargó
con ímpetu loco y ciego,
y dicen que duró el fuego
hasta que se concluyó.»

Según datos que tomaron
no sé dónde ni sé cómo,
anteayer me aseguraron
que los moros dispararon
siempre con balas de plomo.

El jefe que dirigió
la tribu de Benyatar
se llama *Sidi-Mamó*,
pero no *Sidi-Chupó*;
cada cosa en su lugar.

Un mozo como un trinquete,
que es barbero en Valdeteros,
dicen que se compromete
á hacer la barba á mil moros
en menos de un periquete.

Una de las cien señoras
del moro Muley-Kandoras,
de la tribu de Baicín,
dió á luz hace algunas horas
á un morito chiquitín.

La noticia es importante
y de interés palpitante.
¿Habrá quien dude quizás
que la tribu militante
cuenta con un moro más?

Sobre el mismo campo infiel
teatro de horrible lucha
se ha encontrado un cascabel
y un pedazo de alquicel
metido en una babucha.

El alquicel y el zapato
son de algún *perro* insensato,
pero el cascabel perdido
averiguar no he podido
si es de un *perro* ó es de un *gato*.

Espéranse armas y gente
que el gobierno diligente
envía contra esos viles.
Han llegado un asistente,
un caballo y tres fusiles.

Dos músicos contratados
y dos cabos reenganchados
lentos de entusiasmo y brío.
¡Los moros muy disgustados
al saber lo del envío!

El penado Juan Moscón,
que luchó como un león
según se ha sabido ya,
tiene un tío en Alcalá
y una tía en Alcorcón.

Aquel caballote pío
que cargó con tanto brío
se encuentra en la cuadra enfermo,
con un ataque de muermo
de padre y muy señor mío.

Se ha encontrado un veterano
una herradura en el llano,
pero nadie se aventura
á decir si la herradura
es de un moro ó de un cristiano.

Cuanto ocurra de notable
se lo diré *por la posta*
si, como creo probable,
me inutilizan el cable
los besugos de la costa.»

Por la copia,

JOSÉ JACKSON VEYAN.

AL LECTOR

Te escribo desde el lecho, donde yazgo
porque en el cierzo que al revuelo pasma
topé con el reuma unido al asma
en fastidioso y triste compadrazgo.

Y desde el día del fatal hallazgo
de la muerte persígueme el fantasma,
porque entre revulsivo y cataplasma
me doy de medicinas un hartazgo.

Fruncido el ceño, la mirada bizca,
sintiendo en las entrañas la manopla
del dolor que me aprieta y me pellizca,
la casquivana musa no me sopla,
y de tema ó asunto no hallo pizca
para zurcir la acostumbrada copla.

SINESIO DELGADO.

OFRECIMIENTOS

Siempre que ruge el moro
pasa lo mismo.

¡Todo se vuelve rasgos
de patriotismo!
Bien lo prueba esta lista
de voluntarios
que se ve en las columnas
de los diarios:
«Dice don Juan Meneses
desde Sevilla
que en cuanto se lo manden
irá á Melilla.»
(¡Santo Dios, lo que inventa
don Juan Meneses

por zafarse unos días
de sus ingleses!)

«Desde Villacarpanta
don Pedro Sierra
sus caudales ofrece
para la guerra.»

(Gana de darse pisto,
pues sus caudales
de seguro no llegan
á quince reales.)

«La profesora en partos
Petra Garlopa
ofrece sus servicios
á nuestra tropa.»

(¿Que se embarca la Petra?
¡Que ha de embarcarse!
Busca sólo un pretexto
para anunciarse.)

«El médico don Rufo
Valdelosnidos
se ofrece á curar gratis
nuestros heridos.»

(A curar á los moros
le mandaría,
porque enfermo que coge
no dura un día)

«Pepe Lanas, que vive
frente á San Carlos,
quiere que le den moros
para ensartarlos.»

(Lo que quiere son moras
Pepito Lanas,
porque saca ya poco
de las cristianas.)

«El distinguido vate
don Roque Frias
manda á nuestros soldados
sus poestas.»

(¡Ojalá los riffeños
se las quitaran

para que las leyeran
y reventaran!)

«Se compromete el conde
de Puerlafforo
á sacarle las tripas
á un jefe moro.»

(¡Para qué vendrá el conde
con paparruchas,
si se espanta del moro
de las babuchas?)

«Luis Cobeña se ofrece
con alma y vida,
y si le dan un arma
se va en seguida.»

(No vayáis á hacer caso
de Luis Cobeña.

¡Ni le deis ningún arma,
porque la empeña!)

Nada, siempre que hay guerra
pasa lo mismo.

¡Todo se vuelve rasgos
de patriotismo!
Ya habéis visto una lista
de voluntarios.

¡Que el Señor me perdone
los comentarios!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MONUMENTOS

Creen los extranjeros que España es un país falto de monumen-
tos, y no es así.

Otros suponen que en España todos somos monumentos, y tam-
poco es verdad.

Aquí hay algo, pero no tanto como quieren unos, ni tan poco se-
gún suponen otros.

A más de los antiguos, que se conservan solos ó por el gobierno,
porque los hay de los primeros y de los segundos, contamos con
monumentos y con «menumentos» modernos, como pocos pueblos
de Europa.

Menumentos naturales, por decirlo así, encontrará el viajero en
España y principalmente en Madrid.

Que donde menos se piensa aparece el «menumento.»

Sin incluir el mercado de San Ildefonso, que es «menumental,»
como el del Carmen y el de San Miguel, contamos con sinnúmero
de solares con su valla y su chalet suizo ó belga para jaula del
guarda.

Gracias á este sistema de vigilancia armonizado con el arte, pue-
de desaparecer algún tablón de la valla, pero no se ha dado caso
de desaparición de un solar.

Si el guarda es benévolo, en pocos días queda convertido el solar
en casino de gente de suyo solariega, jardín para recreo de la infan-
cia fugitiva y tendero público de ropa recién lavada.

Los niños juegan allí, libres de coches y caballos, resguardados
por la valla.

Las madres, en lebrillos de su propiedad, lavan los pañales de
los niños y los guñapos de los padres.

Alguno de éstos juega á los bolos con varios amigos, ó al tute ó
al *mus* en el solar.

El menor obstáculo judicial ó de policía urbana ocasiona un re-
traso ó más retrasos, de meses y de años, en la edificación de la
casa proyectada.

El chalet queda como construcción definitiva.

Pero la variedad de «menumentos» más digna de estudio es la
de acordeones públicos.

De cuando en cuando varía el modelo, conforme al gusto artís-
tico del alcalde primero y su época.

Primero eran unas huchas verdes, como para que los vecinos
depositaran en ellas sus economías.

Después vino la columna greco-municipal, cilíndrica, recta y con
cubierta de zinc.

Después el burladero con celosías.

En estas mudanzas de modelo anduvimos los transeuntes per-
siguiendo á las mingitorias.

No saben ya los artistas municipales á qué modelo atenerse, ni
los transeuntes necesitados dónde y cómo encontrar una de esas
válvulas de seguridad social.

Tal es la mutabilidad de las cosas humanas dependientes del
ayuntamiento de Madrid.

Cuando menos lo espera el vecindario, dispone el alcalde la «de-
capitación» de los urinarios, ó el «salteado» por lo menos.

Y con igual facilidad que los quitan de un sitio, los colocan en
otro, donde hallan vecindario más sufrido.

—¡Calle!—exclama asombrado el dueño de un establecimiento de
modas, viendo, al abrir las puertas una mañana, uno de esos acor-
deones delante de ellas.—¿Cuándo han plantado esa mingitoria los
concejales?

—¡Es un escándalo!—se lamenta el señor del principal—Yo ten-
go tres hijas que llegarán á casaderas y no puedo consentir seme-
jante espectáculo debajo de los balcones de mi casa: hoy veré al
teniente alcalde y haré que le quiten.

—¿Al teniente?

EL SERVICIO



—Bueno, y ¿cuánto quiere usted ganar?
 —Pues... yendo á la compra, tres duros; no yendo á la compra, seis.
 —¿De modo que piensa usted sisar dos reales diarios?
 —¡Y qué menos, señora!



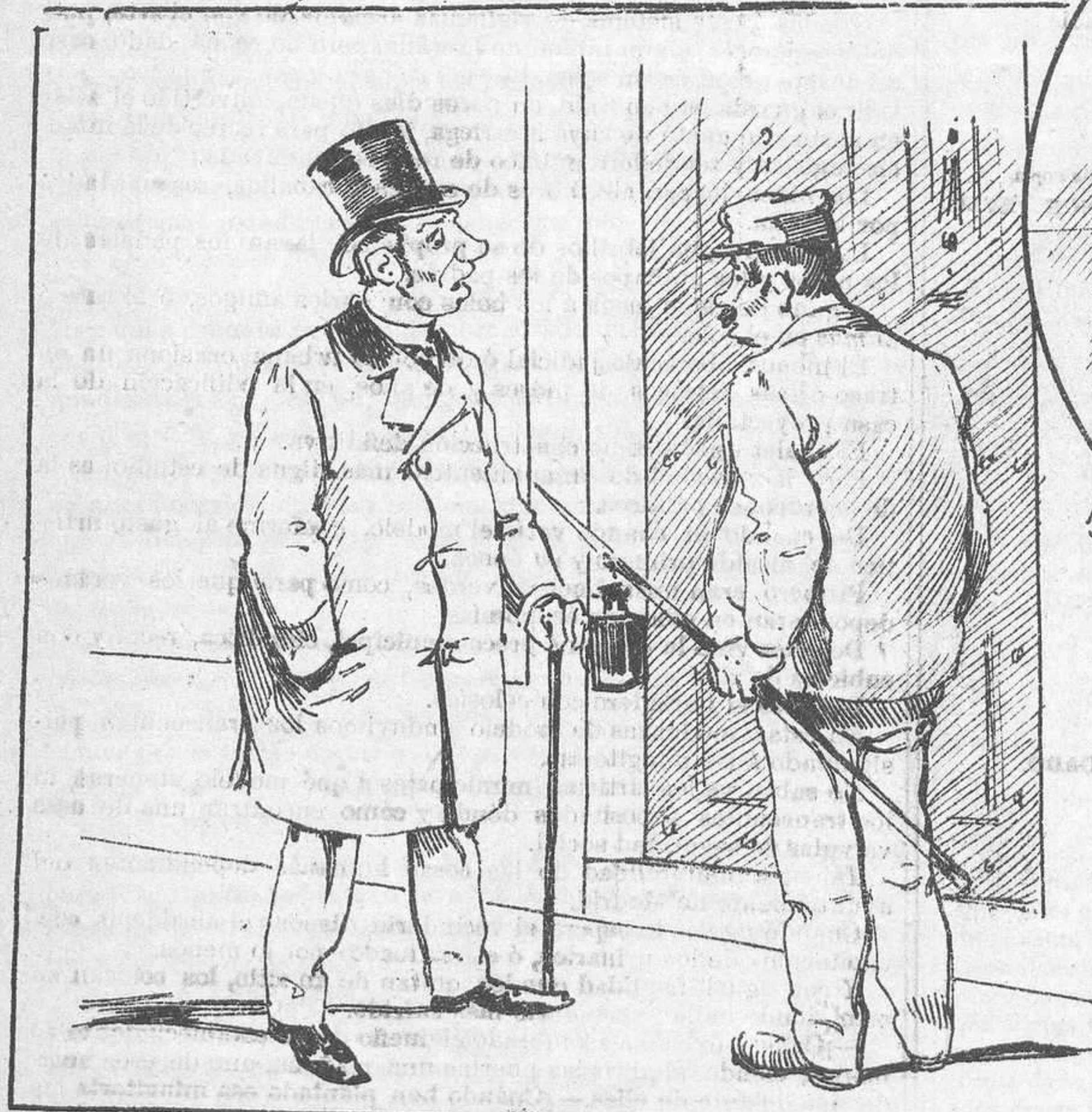
—¿A la calle de Diego de León, á?
 —Y ¿dónde está eso?
 —Al final del barrio de Salamanca.
 —Pues non puede ser.
 —¿Por qué?
 —Ve ahí; porque non me da á mí la gana.



—Puede usted tomar la leche con toda confianza, que no tiene veneno como la de otras partes. Aquí no se le echa más que agua y manesia. ¡Ya ve usted que eso no puede hacer daño á nadie!



—¡Juan! Que si ha limpiado usted las botas del señorito.
 —Dile que se aguarde si quiere; que se me ha acabado el betún limpiando las mías.



—¿Era usted el que llamaba?
 —Sí, señor.
 —Y ¿qué quería usted?
 —Que me abra usted la puerta del número nueve.
 —¿Del nueve, eh? ¡Qué tendrá usted que hacer ahora en el nueve!



—¿Que ruido ha sido ése?
 —Que he cerrado la puerta de golpe y se han roto los cristales del recibimiento.
 —Y ¿por qué cierra usted la puerta de golpe?
 —Es que... venís corriendo detrás de mí el señorito.



—Vaya un duelo, y vaya una presidencia y vaya un cadáver! ¡Dos pesetas me han dao de propina dimpués de venir de todo lujo!



—¿Tienes ahí la peseta falsa?
 —Sí.
 —Pues dámela. Voy á ver si se la cuelo á aquel panfí que está cenando con mujeres.



—Hágame usted el favor de decir que pare.
 —¿Otra vez? ¡Rediós! Ya me van cargando á mí las paraditas. ¡Bien podía usted apearse andando!

—No, señor; ese mamotreto.

Si los vecinos agraciados con el acordeón son influyentes, desaparece el estorbo.

Es un traslado sin ascenso, con el mismo destino, frente a la casa donde habite alguna señora ó familia sin influencias, que si reclama nadie les hace caso.

Estas desapariciones y mudanzas perturban, á las veces, á los transeúntes, que buscan alguno de esos «menumentos callejeros» en el sitio en que solía estar, y han de contener sus impacencias hasta llegar al kilómetro próximo.

Un beodo muy ingenioso ó un ingenio en estado excepcional, hablando con mayor precisión, decía, casi á voces, noches pasadas, viendo que no veía sino ciertas humedades en el lugar otro tiempo ocupado por una hucha verde:

—¡Bárbaros! ¡No han dejado más que la cicatriz!

En los documentos humanos para el desagüe que embellecen la Puerta del Sol han colocado barreras para interceptar las malas vistas.

Pero resulta feo el procedimiento para los abonados que acuden á diario á tan ameno sitio.

Para los hombres tampoco ofrece ventajas.

Parece que sale del chiquero la víctima.

Por otra parte, no faltan sujetos que obstruyen el «callejón» con fines aviesos.

Como el de tropezarse con algo del prójimo.

—¡Caballero! ¡caballero!—gritaba una de estas noches últimas un joven bien amueblado, viendo que un señor, al parecer, le tomaba el reloj y salía del chiquero.

Y no pudiendo abandonar su tarea repentinamente y temeroso de perder la alhaja, chillaba.

Hasta que el otro, soltando la prenda en la mano del joven, dijo con tranquilidad digna de mejor causa:

—Perdone usted; creí que era un amigo.

EDUARDO DE PALACIO.

BIBLIOGRAFÍA

(«SINFONÍA» POR FEDERICO DE SANCHO)

Recibí ¡oh Sancho amigo! tu *Sinfonía*,
y sus versos encierran tal poesía
y se venden á un precio tan económico
que he de recomendarlos en MADRID CÓMICO.
Si yo de ser tu amigo la honra pretendo,
no por serlo de veras los recomiendo;
aun cuando ni de vista te conociera,
en leyendo tus versos, tu elogio hiciera,
pues resultan tan lindos todos tus versos
que para ellos no caben juicios adversos.

Hoy, cuando lo grotesco triunfa y se aplaude
y es la literatura mártir del fraude
de cuatro caballeros de tres al cuarto
que tras muchos dolores dan un mal parto,
y no siendo los viejos, nadie hace nada,
y está la musa joven paralizada,
siempre es un gran consuelo que en pocos días
salgan dos buenos libros de poesías.

Al tuyo me refiero y al de Delgado,
pues, aun cuando Sinesio no me ha enviado
sus *Amendras amargas*, hay mucha gente
que asegura que saben divinamente (1).

Tu musa es tierna, fácil y juguetona;
niña que habla lo mismo que una persona,
sin saberlo, en un chiste da una sentencia,
y sin haber vivido tiene experiencia.
Si no vuela muy alto, vuela segura
de no tener caídas desde la altura;
y mientras con alegres estrofas juega,
sabe adónde camina y adónde llega,
no tropieza en sus vuelos con el mal gusto
ni se levanta nunca más de lo justo.

Así es tu *Sinfonía* libro exquisito
y por el cual de veras te felicito
con todos los ardores de mi alma toda
y en estas seguidillas hoy tan de moda.

—¡Qué encierran estas coplas!—dirán algunos
que lean estos versos inoportunos.
Pues encierran, lectores, cuatro verdades:
primera, que hoy se escriben mil necedades;
segunda, que un poeta que es muy buen chico,
y que responde al nombre de Federico,
ha dado á luz un tomo muy bien impreso
y que ha de acreditarle de hombre de peso;
tercera, que este libro por dos pesetas
lo hallarán los que busquen buenos poetas;
cuarta, que yo en mi vida no hice, lectores,
con intención más sana versos peores.

RICARDO J. CATARINEU.

(1) ¡No es indirecta!

EPISODIOS MILITARES

HAY QUE SER FRANCO
(HISTÓRICO)

En una noche de invierno
del año setenta y cuatro,
triste como un ataúd
y helada como un carámbano,
dando fin á una jornada
de combates continuados,
penetraba una columna
en cierto pueblo navarro.
La nieve, que descendía
tenaz, había cuajado,
cubriendo calles y sendas
con blanquísimo sudario,
en el cual del todo hundían
alpargatas y zapatos,
al andar, ya jadeantes
y rendidos, los soldados.
Por fin llegó la columna
á la plaza, é hizo alto.
Permaneció unos instantes
allí, en su lugar descanso,
mientras el jefe ordenaba
el alojamiento ansiado
distribuyendo la fuerza
con arreglo al vecindario,
del cual la parte servible
se hallaba toda en el campo
enemigo, combatiendo
fanática por don Carlos.
Establecióse el servicio
en campaña necesario,
guardia especial en la torre
para vigilar el campo,
centinelas en las calles
con orden de echar el ¡alto!
á todo aquel que se viera,
ya militar, ya paisano,
y una ronda de oficial
con tres números y un cabo,
para recorrer el pueblo
y vigilar lo mandado.
Hecho esto ya, ¡Rompan filas!
dijo el jefe, y en el acto
en cien ventanas y puertas
se oyeron mil culatazos
en presurosa demanda
del alojamiento ansiado,
y bien pronto conseguido,
quedó el pueblo al poco rato

tan mudo y triste como antes,
envuelto en frío sudario
que iba la nieve tupiendo
más con sus vellones blancos.

Á eso de la medianoche,
de centinela un soldado,
sus pies hundiendo en los copos
y no oyendo ni sus pasos,
por el centro de la plaza
se encontraba paseando,
pareciendo, con la nieve
por lo envuelto y por lo cauto,
más sorbete que persona,
más fantasma que soldado.
La luna se reflejaba
sobre el nítido sudario,
á tan especial escena
daba un aspecto fantástico;
de pronto, por el extremo
de una calle vió el soldado
desembocar una ronda
que se hallaba patrullando
y que hacia donde él estaba
encaminaba sus pasos.
Por más que él debía echarle
el ¡quién vive! necesario,
sin darse por entendido,
de la ronda no hizo caso
y continuó su paseo
silencioso y solitario.
El oficial, que esperaba
como es de rigor el ¡alto!,
se dijo al ver la actitud
impasible del soldado:
«¡Si de pie se habrá dormido,
igual que un tronco, este bárbaro!»
Y al llegar hasta la plaza
sin el más mínimo obstáculo,
en voz alta al centinela,
mudo aún, pero cuadrado,
le gritó:—¡Qué estás haciendo
ahí, pedazo de ganso?
—Pus ya ve osté, mi tiniente;
si es que he de ser á osté franco,
aquí estoy hase una hora
más aburrío que er gayo.

RICARDO MONASTERIO.

PARENTESIS

¡Cómo me agrada
que te incomodes por casi nada!
Que el genio blando
se torne duro de vez en cuando;
que se te antoje que no te quiero,
porque resulta, morena mía,
que no me muero,
y eso que un día
te di palabra de caballero
que moriría
de algún hartazgo de tu salero!...
¡Cómo me gusta,
precisamente porque eres buena,
que alguna pena
de vez en cuando te ponga adustal
Que te incomodes y que te apures;
que te figures
que me entusiasman las hembras todas
y que me ocupan muchos belenes...
¡Qué gracia tienes,
morena mía, si te incomodas!
Un mar tranquilo, sin alborotos,
como lo sueñas,
sin tempestades, ni barcos rotos
que dan de bruces contra las peñas,
ni es un encanto, ni es un deleite,
ni tiene asomos de poesía,
ni es mar, ¡es una balsa de aceite,
ni más ni menos, morena mía!
Y unos amores
siempre tranquilos, sin más rigores
que su cargante monotonía,
sin los disturbios, que son la salsa,
plácidos siempre, siempre serenos,
son, niña hermosa, como la balsa,
ni más ni menos.

No es que yo quiera
 pasar la vida de pelotera;
 no es que yo pida serios deslices;
 no es que yo goce con los desvelos,
 porque si cansan siempre perdices...
 más cansarían siempre mochuelos:
 es que me agrada que de tu boca,
 que es una loca
 para la risa,
 desaparezca con mucha prisa
 la carcajada que la sofoca;
 que por delitos
 y desafueros no realizados,
 te pongas seria, con los morritos
 muy abultados...
 Como sucede; que hace unos días
 me estás llenando de perrerías
 y de reproches
 porque soñaste que me veías
 con una rubia, bastante buena,
 todas las noches,
 sin acordarme que eres morena,
 ¡Y cómo gozo, cariño mío,
 con que me llames *perro judío!*
 No soy tirano, no soy perverso
 porque me ría de esta batalla:
 ¡es que me esponjo con el reverso
 de la medalla!
 ¡Es que al mostrarse, lleno de encanto,
 será corriente
 que tú me llames *cordero santo,*
 que es lo que busco precisamente!

ANTONIO MONTALBÁN.

UN CHISTE

—Buenos días.
 —Buenos días.
 —¿Esta es la casa de saldos
 de don Juan Pérez?
 —La misma.
 —Pues me la ha recomendado
 mi amiga Pepa Rosales
 porque venden muy barato,
 según me ha dicho...
 —¡Oh, en eso
 no hay casa que haga otro tanto
 en Madrid!
 —Y yo venía
 á comprarme tres ó cuatro
 cortes de traje.
 —Los hay
 muy buenos; hoy han llegado
 y se han despachado ochenta
 lo menos.
 —Sí, en el verano,
 como se va todo el mundo
 á lucirse, no es extraño.
 ¿Me puede enseñar algunos?
 —Enseguidita. ¡Muchacho,
 saca cortes de vestido
 H, B, J y tres cuartos!
 —¿Tres cuartos para qué?
 —No,
 si son las marcas que usamos
 en la casa.
 —¡Ya!
 —¿Le gusta
 á usted éste? Color rábano,
 última moda, y el género

es superior.
 —Bueno, y cuánto
 me va usted á llevar?
 —Pues veinte
 pesetas.
 —¡Jesús, qué caro!
 ¿Quiere usted doce?
 —Señora,
 ni aun en quince puedo darlo,
 conqué en doce...
 —Doce y media.
 —No puede ser; le rebajo,
 por ser para usted, seis reales;
 de ahí no puedo rebajarlo
 ni un céntimo.
 —¿Quiere trece
 pesetas?
 —No puedo...
 —Vamos,
 démelo usted en trece y media
 y ya está muy bien pagado.
 —¡Pero si pierdo dinero
 dándole en cincuenta y cuatro
 reales!
 —Pues yo no doy más
 de tres duros.
 —¿No?
 —Ni un cuarto.
 —Pues es usted buena socia,
 señora, para el Club Náutico.
 —¿Por qué?
 —Porque hacen regatas
 y acaban todos cansados...
 ¡y usted lleva, sin cansarse,
 dos horas *regateando!*

FEDERICO CANALEJAS.

CHISMES Y CUENTOS

Vamos, gracias á Dios se va calmando algo la excitación de los primeros momentos y ya casi todos estamos conformes en que hay que hacer el fuerte de Sidi-Guariach; pero con todo género de precauciones para no prodigar tontamente la sangre de los soldados.

Y ya han callado, ó no se los oye casi, todos aquellos que gritaban:
 —¡A Melilla! ¡A Melilla!
 Que traducido al castellano quería decir:
 —¡Que vayan otros á Melilla!
 Porque ¡ay! está plenamente demostrado que los moritos no tiran con merengues.

Entretanto, nos vamos enterando de una porción de detalles curiosos. Allá va uno:
 Ustedes saben que se ha hecho difícilmente el transporte de tropas, víveres y material de guerra por la carencia de barcos, por la tardanza de algunos y por otra porción de cosas.

Pues bien, en uno de estos apuros la casa consignataria de un vapor pidió al gobierno, por trasladar de Málaga á Melilla cuatrocientos hombres, la friolera de cinco mil duros.

Es decir, á doce duros y medio por soldado.
 Doble de lo que me costaría á mí un pasaje de primera.
 Eso es para que vayan ustedes calculando lo que nos está costando la guerra sin haber disparado un tiro.
 Y á pesar de que todos tenemos un patriotismo que casi no nos cabe en el alma.

Pero todavía es más gordo lo siguiente:
 En Algeciras se ha descubierto un contrabando de 200 fusiles.
 ¿A que no saben ustedes á quién estaban destinados?
 ¡A los moros!
 ¿A que no saben ustedes quién los mandaba?
 ¡Una casa constructora de armas... en Guipúzcoa!
 Y ¿a que no aciertan ustedes quién era el intermediario?
 ¡Un comerciante de Algeciras!
 Conque si esto tiene perdón de Dios, que venga el propio Dios y lo diga.

Gracias á los activos corresponsales, se ha averiguado una cosa importante.
 Que los moros hablan el castellano, diciendo, por ejemplo:
 «Mi querer matar perro cristiano sin corasonamiento...»
 Y esto revela la ingerencia de la potente Albión en los asuntos marroquíes.
 ¡Porque así es como hablan también todos los ingleses de teatro!

En cambio ¡vea usted lo que son las cosas! en Francia están ahora como chiquillos con zapatos nuevos, con la visita de los marinos rusos.
 Según todos los telegramas, el entusiasmo es delirante. Tan delirante que un alcalde ó prefecto, ó no sé qué, al brindar en un banquete dado en obsequio á sus huéspedes, dijo, sobre poco más ó menos:
 «Brindo en recuerdo de todas las victorias del valiente ejército ruso.»
 ¡De todas! ¡Hasta de las obtenidas sobre Napoleón en la célebre retirada!
 A lo cual debió contestar el almirante:
 «Pues yo brindo por la toma de Malakoff, en que tomaron parte los franceses!»
 Y quedaban tan amigos.

Vamos, la verdad, ¡ustedes creían que *seguta habiendo* cólera?
 Yo creí que no, pero hace dos días me encontré en *La Correspondencia* el título fatídico en letras muy gordas, y temblando de emoción empecé á leer lo que había debajo.
 Que era lo siguiente:
 Un despacho de Santander participando que por allí no ocurría novedad.
 La noticia de que un vapor inglés había sido despedido en Bilbao á lazareto sucio.
 La triste nueva de que en Amberes (allá, muy lejos) habían ocurrido dos invasiones y tres defunciones.
 Y, por último, esto:
 «En La Unión ha habido en los días 15 y 16 del corriente dos invasiones y un fallecimiento... de difteria.»
 De manera que no pude encontrar el cólera más que en las letras grandes.
 Y se me pasó el susto inmediatamente.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Encas.—No está mal el soneto, pero el género se ha pasado de moda.
 Sr. D. I. R.—Sí, señor; tenemos mucho patriotismo, pero no hasta el punto de publicar versos *sobre lo de Melilla*. Otros se encargarán de tan santa tarea.

Sr. D. P. A.—Demasiado triste. Y *alagüen* no se escribe así. Se escribe con *hache*.

Mintar.—Son un poco vulgares y es lástima, porque no están mal hechos.

Simpatías.—Algo cursi, no mucho, pero en fin, algo.

C. Araña.—Graciosísima la carta. Es usted persona que lo entiende.

Sr. D. S. O.—Vulgar el asunto y no muy fluida que digamos la forma.

Sr. D. L. G.—La versificación es bastante mediana, dicho sea con el debido respeto.

Don Juan.—Poquita cosa, y eso que es larga.

Sr. D. V. P. F.—Sí, señor; quedan ejemplares disponibles. De los cantares es de lo que no puedo disponer desgraciadamente.

Julio César.—No hace usted mal los cantares, pero le salen vulgares.

Catite.—No, cara y mala no pueden ser consonantes hasta que se haga el fuerte de Sidi-Guariach, porque como entretanto está la bandera española con vilipendio...

Rodajas.—Un millón de gracias. Se puede publicar el primero. ¿Quiere usted firmarlo?

El Trovador.—Empezando así:

«Voy á marcharme á París

con tu primito Luis

y como tanto te quiero

te mandaré un gorro gris.»

no se puede continuar. Porque es muy mal camino.

Cara Burra.—Sí que es verdad que nos han injuriado los moros; pero, caso de decirlo, hay que decirlo con toda la ortografía posible.

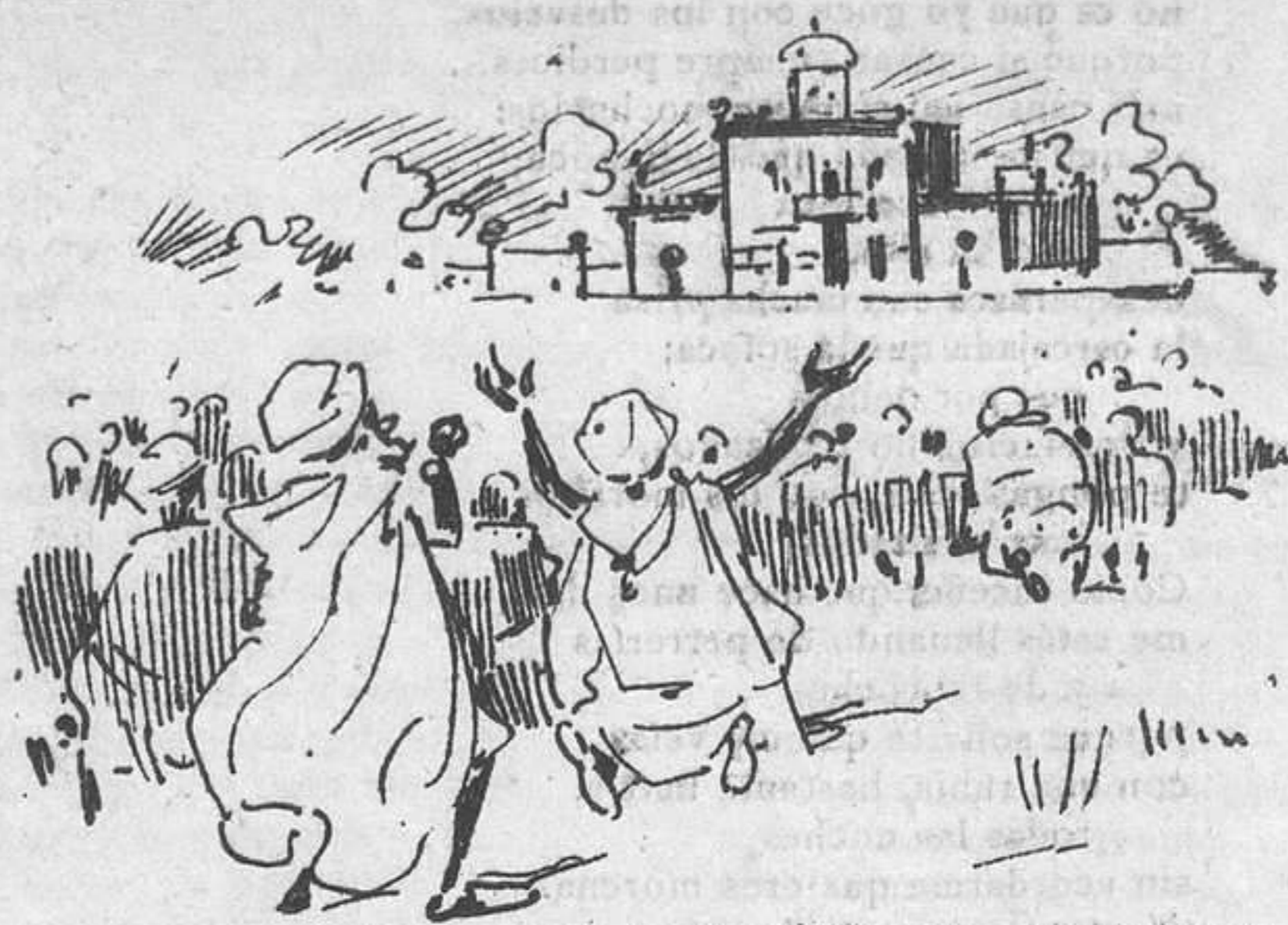
Barbaro.—Y que usted lo diga, prenda.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

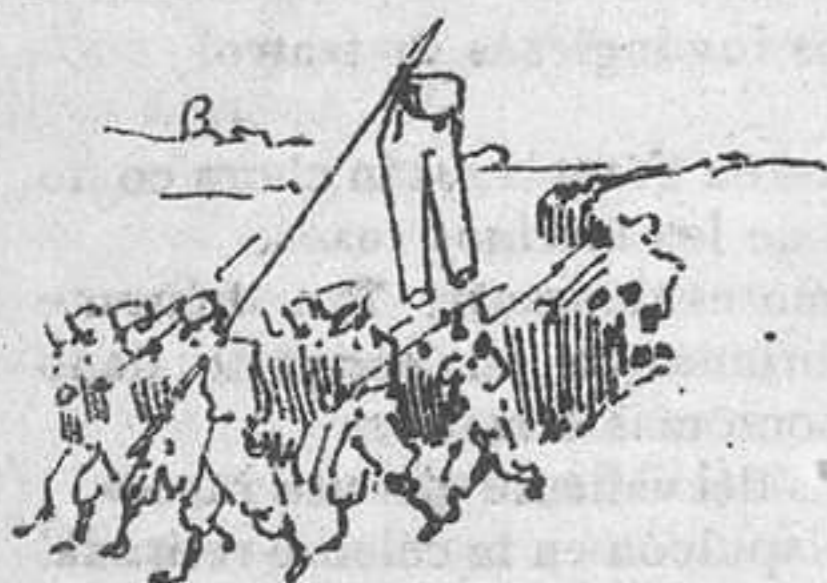


JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



—Sí, señor, se debe destruir á cañones esa mezquita y edificar en su lugar un palacio magnífico, con aceras, patios y terrazas de baldosas especiales, florones y artesonados en los techos, azulejos por todas partes, objetos de arte en mayólica, cerámica y barro adornando las habitaciones. ¡Sólo de esa manera dejarán de molestarnos los moros, que se quedarán embobados ante tantas preciosidades!

Escofet, Fortuny y Compañía, Alcalá, 18 (Equitativa).



¿Queréis vencer en Wad-Ras?
Pues llevad como bandera
un pantalón de *Pesquera*,
que no se rompe jamás.

Magdalena, 20.



Porque la duele un diente
gime *Isidora*.
Que acuda á *Tirso Pérez*
y ¿á que no llora?

Mayor, 59.



Si se te cae el pelo
te tienes que frotar
el cuero cabelludo
con *Quina Palomar*.

Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.



—Á mi no me dan el chasco.
Dicen que son caballeros
¡y no gastan los sombreros
de *M. García Carrascal*!

Carretas, 26.



Si la pelea es muy dura
deben las tropas beber
Cognac fino de Moguer,
y la victoria es segura.

Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.



Costras, vesículas, manchas
muy estrechas ó muy anchas
quita el *Coldcream virginal*
por su virtud especial.

Farmacia de *Torres Muñoz*, San
Marcos, 11, y San Bartolomé, 7.



Estaría á no dudar
más civilizado el moro
si tuviera un Río de Oro
de *Colonia Palomar*.

Perfumería y Droguería.
Fuencarral, 24.



—No cantes más la Africana,—vente conmigo ¡por Dios!
y una camita camera—nos compraremos los dos...

Plaza de la Cebada, núm. 1.



Es español y cristiano
y no aguanta *Celestino*
cada moro... más que el vino
de la bodega *Medrano*.

Plaza de Matute, 9.



¡Encárgale á *Martinez*
una camisa
con picos ó sin picos,
bordada ó lisa!

San Sebastián, 2.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO